

LOS JUEGOS FLORALES

(Del estudio titulado *El Homero de Provenza*)

* * *

La lengua provenzal -o lengua de oc es con el castellano, el francés, el italiano, el portugués y el valaco una de las lenguas romances o sea derivadas del latín.

Cuando sus hermanas apenas balbucían, ya contaba el provenzal con trovadores de la talla de Beltrán de Born, Villón, Riquier, Carlos de Orleans y Tibaldo de Champaña, para no citar sino cinco.

Y ya que hablo de los trovadores de Provenza séame permitido narrar someramente la historia de los Juegos Florales, con la que tienen aquéllos la relación más íntima.

En efecto. Tan sólo el nombre conservan dichos Juegos de los que en Roma se verificaban todos los años en honor de Flora, la esposa del Céfiro, aunque autores como Lactancio suponen que una cortesana dé nombre Flora, fue quien hizo se celebraran para festejar de ese modo su propio natalicio.

La verdadera institución de esta fiesta es obra de los trovadores provenzales: a tal grado llegó su destreza en el manejo del verso, que su idioma fue tenido por oficial de la poesía, como el latín de la prosa. Considerados por algunos críticos como una transformación de los juglares callejeros o como una reproducción de los antigubs bardos célticos, es lo cierto que casi todos fueron altivos magnates o valerosos caballeros que igual sabían cincelar una estrofa que hundir la espada en el pecho del contrario o declarar su amor a una doncella bajo calada celosía.

Algunos hubo tan amigos de raras aventuras que

parecen los antecesores del hidalgo manchego. Juan Rudel, por ejemplo, enamoróse de la condesa de Trípoli sin haberla conocido y emprendió el viaje para declararle su pasión; Pedro Vidal de Tolosa creyó suya la corona de oriente por haberse casado en Chipre con una riquísima doncella y hasta comenzó una guerra de conquista; Folqueto de Marsella y Bernardo de Ventadorn terminaron en la soledad del yermo una vida gastada entre bacanales y orgías.

Sin embargo, dejando a un lado este aspecto, del que nos queda en sus satíricos *serventesios* y en sus ardientes *precicanzas* una huella profundísima, conviene fijar la atención en el género lírico que de preferencia cultivaron: la canción amorosa.

Era para ellos la mujer sinónimo de ángel y de poesía de amor. Así, pues, sólo supieron cantar eróticas cuitas con tan dulce acento, con tan delicada cortesía, con tan acendrado sentimiento, que sus versos son a manera de trono en que se sienta una reina: la mujer amada.

Donde las glorias de los trovadores irradiaban con claridad mayor, era naturalmente en las reuniones feudales y cortesanas. Las que se celebraban en *Puy en Velay* o *de Santa María* eran las más concurridas, y del lugar en que se celebraban recibieron el nombre de *Puys*.

Parécen éstos un remedo de las poéticas asambleas que celebraban desde mucho antes los poetas de Bretaña (huella de los sínodos drúidicos), con espacio de tres años, y en ellos encontramos el verdadero origen de los Juegos Florales. Acudían allí los trovadores a disputarse el premio en el *arte de trovar*, ante un tribunal que ellos mismos elegían.

En los *Puys*, y particularmente en los *Puys de amor*, fue grandísima la intervención de la mujer, que en las *cortes de amor* llegó a ser juez y árbitro.

Muerta la poesía provenzal, no pudo sucumbir la tradición trovadoresca. En apartados jardines de la ciudad de Tolosa, reuníanse sigilosamente algunos poetas que perpetuaban, en pleno siglo XIV, el recuerdo de los *Puys*.

La persistencia de sus reuniones trascendió al público, y los tolosanos promovieron entonces un concurso, que se celebraría todos los años el día primero del mes de mayo y al que podían entrar todos los poetas de la lengua de oc.

Provenza había resucitado. «Los Juegos Florales se verificarían en mayo, dice un crítico, como para simbolizar en la resurrección de la naturaleza la de la patria caída; serían en Tolosa, que había sido el centro de la historia de la nacionalidad; el concurso de los poetas reproduciría el de los famosos *Puys*; y para que la autoridad femenina, reconocida en las *cortes de amor*, tuviera altísima representación en la más pura de las mujeres, se acordó que se inaugurara el certamen cantando las glorias de la Virgen María.»

Así empezaba la convocatoria que entonces se hizo a los poetas:

Als honorables e als pros
senhors, amichs y companhos
als quals es donat lo sabers
don creis als bos gaugs e plazers.

En 1324 se celebró el primer certamen en el que, con una bellísima poesía a la Virgen, obtuvo el premio Arnaldo Vidal de Castelnaud Darri.

Los miembros de la municipalidad de Tolosa encargaron entonces a Guillermo Molinier y a Bartolomé Marc, de que redactaran las reglas de esos concursos y se constituyeron en sus ardorosos protectores. Hicieron, además, que no sólo se premiara con violeta de oro la

mejor poesía, sino que ofrecieron, por conducto del *consistorio del Gay Saber* una *englantina* y una *caléndula* para las composiciones dignas de mención.

Siguieron celebrándose por mucho tiempo los Juegos Florales de Tolosa. Sin embargo, circunstancias que no es del caso enumerar, hubieran dado al traste con ellos si no hubiera venido a darles nueva vida una mujer inolvidable: Clemencia Isaura.

Era joven y rica. Los versos del trovador Renato le habían cautivado el corazón. Todos los días, al llegar la tarde, se confesaban su amor ante la estatua de María. Llegó una hora amarguísima. Renato marchaba a la guerra. Al despedirse de su Clemencia, dejó a los pies de la Virgen la violeta que llevaba sobre el pecho y cuyos morados pétalos se volvieron al instante amarillos como el oro. Pero fue mayor prodigio el de que Clemencia encontraba todos los días, al visitar a la Virgen, tan fresca y tan fragante la violeta como si acabara de arrancarla del tallo. ¡Ay! Un día hallóla marchita y vio que una gota de sangre manaba de su cáliz. Clemencia se hizo monja y, fiel a su trovador, quien había muerto heroicamente, legó su fortuna para los Juegos Florales costeadando para siempre el premio de la violeta de oro.

Fácil ha sido para la crítica moderna probar la falsedad de esta poética tradición, pero no admite duda que existió Clemencia Isaura, a quien se debe que los Juegos Florales se hubieran convertido en la fiesta oficial de Francia.

Exceptuando algunos cortos períodos, han seguido celebrándose con entusiasmo creciente. Todos los años, ante una concurrencia numerosa y selectísima, pronuncia el mantenedor el elogio de Clemencia Isaura y reciben los poetas premiados la violeta, la *englantina* y

la caléndula bendecidas de antemano en la iglesia de Santa María de la Daurada, donde yacen los restos mortales de la ilustre protectora.

Largo sería estudiar el desarrollo que han tenido los Juegos Florales en los diversos países de Europa y de América. En ellos han sido laureados poetas como Víctor Hugo, Ronsar, Verdaguer, Rubió y Ors, Baif, Maynard, Costa y Llobera, José Martí, Víctor Balaguer, Millevoye, Chateaubriant y Soumet, para no citar millares. Y las mujeres que más han conmovido el mundo con la fama de su belleza o de sus gracias, han sido las reinas de esa fiesta cuyo lema: *patria, fe y amor*, lo puede todo porque lo condensa todo.

Volvamos ahora a la lengua provenzal. La poesía italiana, que en breve espacio se había levantado como reina del mundo de las letras, ahogaba con su voz sonora los ecos dulcísimos de la poesía de los trovadores. Además, un acontecimiento sacudía al mundo.....

Los albigenses se habían levantado como un tropel de hienas. Vinieron entonces las cruelísimas guerras que durante muchos años cubrieron el mundo con su manto de sangre. Cuando éstas cesaron, la lengua provenzal había sido destronada por la francesa, su hermana menor, quien la arrojó de los centros cultos, trocándola de lengua de trovadores en el mezquino patois de los campesinos del sur.

Pasaron los siglos sobre ella y ya estaba casi muerta, cuando una mujer (porque la mujer lo puede todo), vino a sacarla de su postración y a restituírle, en el mundo de las letras, su primitiva corona.

José Roumanille empezaba a sentir sobre su frente los laureles de la gloria. Abandonando el lenguaje que lo arrulló en la cuna, había hecho desbordar en sonoros versos franceses, el terso arroyo de su inspiración. En presencia de varios amigos leía cierta vez sus más

aplaudidas poesías. Estos interrumpían al poeta para tributarle ardorosos elogios.

Pero la madre de Roumanille, que escasamente conocía la lengua de Bossuet y de Víctor Hugo, hallábase alejada del grupo y sumida en extrañas reflexiones.

El dulce poeta de las flores mira de pronto brillar dos lágrimas en los ojos apagados de la anciana.

—Madre, le dice con emoción; de hoy en adelante no escribiré sino versos que tú entiendas.

De las lágrimas de una madre nació pues, el árbol frondosísimo de la nueva poesía provenzal.

Pero Roumanille, aunque poeta y gran poeta, no hubiera podido resucitar, solo, la poesía provenzal. Era un talento, y la empresa requería un genio. El mismo Roumanille había de hallarlo.

En efecto. Cierta domingo la escuela de Avignon de que era profesor encontrábase en la iglesia.

Asperge me hyssopo, et mundabor; lavabis me et super nivem dealbabor cantaban las voces en el coro

Uno de los estudiantes escribía entre tanto. Roumanille se acercó a él y, severamente, le arrebató la cuartilla,

¡Cuál sería su asombro al encontrar en ella estos cuatro renglones:

Que l'isop bagne ma caro
serai pur: lavas me leu
e vendrai pu blanc encaro
que la tafo de la neu.

El joven autor de estos versos era Federico Mistral.

Cuando, temiendo una avergonzante reprensión, se halló en la pieza de Roumanille que lo había hecho llamar, éste lo recibió en sus brazos, y después de felicitarlo con ardor, le dio las primicias del volumen *Li Margarideto*.

La emoción de Mistral ante los versos de Roumanille fue tan intensa como la de Roumanille ante la redondilla de Mistral. «No acababa de mostrarme, escribía después, aquellas silvestres flores llenas de aromas primaverales, cuando se apoderó de mí un raro estremecimiento. Esta es la aurora, exclamé, que ansiaba mi espíritu para abrirse a la luz.»

De aquella entrevista nació poco después, en el castillo de Font-Segugue la asociación de los Felibres.

Mistral y Roumanille fueron los iniciadores de esa fundación. Eliminar de la lengua provenzal los elementos extraños que el idioma oficial de Francia había ido introduciendo poco a poco, y devolver así a dicha lengua su pureza primitiva adoptando la sintaxis y ortografía de los trovadores antiguos, fue el objeto que los Felibres se propusieron con patriótico entusiasmo.

Felibres fueron Anselmo Matieu, el divino cantor de las ninfas y de los viñedos en flor; Aubanel el triste; Adolfo Dumas, quien presentó Mireya a Lamartine; Garcin el altivo; Crousillat el poeta de Tolosa; Tavan el labriego, quien al compás de la azada componía sus versos sencillos y profundos a un tiempo; Roumié el poeta ya festivo, ya serio, pero siempre agradable y dulce.

Largo sería enumerarlos a todos, pues hasta la mujer prestó a la obra valioso contingente. Dígalo si no la felibresa Betty Dorieux, que tradujo a lengua alemana el más bello de los poemas de Mistral, reproduciendo la estancia en que el divino cantor vació el oro purísimo de sus tesoros de artista.

Pero no bastaba crear el felibrismo. Era necesario que diera frutos aquel huerto. La *Armana Provençau* empezó entonces a publicarse anualmente, y cinco años después de la fundación de lo que luego sería la Academia Provenzal de la Lengua, con sucursal en Nueva York, nacía a la vida de la inmortalidad la reina de Provenza: Mireya.